

LOS HIJOS de GAIA

el niño que perdió su sombra

EMIL. B. D. MIL.

Eiségesis

Si preguntásemos a cualquier narrador de historias, escritor o poeta, a cualquier orador o cuentacuentos cómo encabezarían una historia, la respuesta sería siempre la misma: «La mejor forma de hacerlo es por el principio», y añadirían: «¡¡Pareces tonto!!».

Y, ¡¡maldita sea!!, tienen razón. Pero qué podemos hacer cuando el principio se proyecta a años luz de distancia, cuando los sucesos que quieres describir ni siquiera se originaron en este universo y se remontan a eones en la inmensidad del espacio-tiempo. Cuando nuestra historia se repite una y otra vez en cada rincón de los diferentes universos. ¡Terrible dilema! Por un lado, el transcurso del tiempo ha desdibujado la verdad. Ya ni me acuerdo de la primera vez que ocurrió. Por otro lado, a base de repetirse lo mismo una y otra vez, y otra y otra, olvidas matices que hacen que cada versión parezca diferente de las anteriores y crees que todas han sido simplemente el eco de una misma leyenda. El paso del tiempo deshilacha la realidad transformándola en locuaces recuerdos de no sabes exactamente qué. ¿Entendéis mi dilema? Procuro no pensar y dejar que los hechos me invadan, pero... en mi nostalgia solo aterrizan el olvido y la confusión. Tengo mezcladas todas las crónicas y me es imposible explicar lo que acaeció en cada momento preciso. Me gustaría empezar por el

principio como han hecho infinidad de narradores, mas... no sabría cómo hacerlo.

Como imaginamos, desde hace milenios, no hay un único universo, sino una maraña de universos entrelazados entre sí: el multiverso. Algunos de estos universos desaparecen para dejar paso a otros con diferentes características o renacen de sus propias cenizas cual ave fénix. Otros, en cambio, perduran desde sus inicios, ya que sus raíces son fuertes y firmes. Los hay que sirven de puente, de enlace entre diversas realidades, actuando como meros espectadores. Aparecen y desaparecen sin nada que los regule, pero todos ellos, absolutamente todos ellos, tienen algo en común: pueden albergar vida.

Gaia lleva una eternidad viajando entre los numerosos universos, explorando en cada pequeño planeta, cada satélite o roca para poder dar rienda suelta a su creatividad y, así, poder esparcir las simientes de la vida. Una vida muy especial. Alumbra formas autótrofas que evolucionan plasmando una entelequia única que solo persigue el equilibrio. «Entidades con unas relaciones muy complejas que implican a todo el planeta, a la biosfera, a la atmósfera, a los océanos y a la tierra; constituyendo en su totalidad un sistema cibernético o retroalimentado que investiga en un entorno físico y químico óptimo para poder preservar vida».¹¹ Por eso, los seres de Gaia están entrelazados unos con otros, son un único ente con infinidad de formas y especies que obtienen sus recursos, su «alimento» del propio planeta, de las estrellas que lo rodean, del mismo espacio. Basta una fuente termal o un rayo de luz o una composición química determinada para que estos especímenes crezcan, se desarrollen, se reproduzcan y

perduren y perduren. Gaia lleva eones viajando por el cosmos creando vida.

En cambio, Aged, su hermano, aunque posee el mismo atributo para concebir vida, es incapaz de conseguir que esta prospere por sí misma. Él está falto del talento de su hermana para forjar esos seres autótrofos que Gaia imagina, esas células que generan su propio alimento. Él solo puede plasmar «parásitos» que necesitan aprovecharse de otras formas de vida para su reproducción. Virus que precisan depredar para obtener su sustento. Individuos que crecen, se desarrollan, destruyen sus hábitats, se reproducen e, inevitablemente, mueren. Esta es la única razón por la que Aged tiene que buscar desesperadamente entre los universos hasta encontrar el pequeño rincón donde Gaia ha creado su tipo especial de vida. Necesita imperiosamente de las entidades de Gaia para que su creación evolucione.

A pesar de la inmensidad del cosmos, de la ingente cantidad de universos que existen, siempre da con ella. Unas veces tarda más que otras, pero siempre localiza el hábitat donde Gaia se ha asentado y es entonces cuando, por fin, puede empezar con su creación o, mejor dicho, con su destrucción. Primero, surgen unas formas que se nutren de los habitantes de Gaia; luego, otras especies que depredan a sus primeras creaciones y, así, más y más especímenes corrompen la vida. El equilibrio vuelve a ajustarse con el paso del tiempo, pero a Aged esto nunca le satisface. Trata por todos los medios de desequilibrar la balanza. Con barro y arcilla crea una especie a su imagen y semejanza: el hombre-mujer.

Si no fuera por esta última etapa, el equilibrio aún podría mantenerse, pero la armonía no es del agrado de Aged, que gusta de la agonía de las presas, del olor a sangre. Como

colofón de su obra, engendra el virus total de las especies; de su orgullo nace el hombre-mujer, y se siente satisfecho. Todos los demás seres de la creación, sin excepción, se postrarán a sus pies y él, el hombre-mujer, como no podría ser de otra manera, los pisoteará hasta convertirlos en cenizas. Es tal la capacidad de destrucción con la que lo dota que, con el sencillo paso del tiempo, devastará a todos los organismos de la naturaleza, desolando el ecosistema, llegando a la tan ansiada autodestrucción. Aged, contento con su principal jinete del apocalipsis, lo encumbra como ser supremo de todas las especies y le confiere poder casi divino. Lo rodea de misticismo, de fe y ve que todo lo creado es bueno, se autoproclama «su dios». Haciendo del hombre-mujer su baluarte. Como su nueva creación es mentalmente presuntuosa y débil, la engaña fácilmente para que esta lo adore. Aged, entonces, se convierte en su dios, adoptando infinitud de formas. El hombre-mujer rinde culto. Obedeciendo ciegamente sus mandatos. Un ser que podría perfectamente convivir en Gaia es moldeado y manipulado para un único objetivo: la destrucción total de la vida. A cambio de esta sistemática sumisión, de sus continuos rezos y plegarias, les otorga todo el poder que necesita para dominar a cualquier ser del planeta, para utilizar los recursos a su antojo. Hasta que ocurre lo inevitable, el homínido desarrolla tanto su ambición que las plantas se agostan, los recursos se agotan y la vida sucumbe.

Gaia se retira dolorida en busca de otro lugar, dejando tras de sí un planeta moribundo, sentenciado a su propia hecatombe. Amanece el apocalipsis y las campanas suenan a muerto. El equilibrio que tan delicadamente los seres de Gaia habían cimentado se difumina, dejando un planeta que en

pocos siglos volverá a ser esa roca inerte que era antes de que Gaia lo colonizara. No hay excepción. Uno tras otro todos los rincones de los diferentes universos donde Gaia ha propagado la vida; Aged, inevitablemente, ha llevado el quebranto. Aged ha sembrado la muerte.

Ha ocurrido así desde...; bueno, desde siempre, planeta tras planeta, satélite tras satélite, roca tras roca. Una y otra vez, una y otra vez. Como antes os mencioné, esto sucede con pequeños matices que diferencian una consumación de la vida de otra. Son esos matices los que ya no sé diferenciar. Los tengo perdidos en mi memoria. Pero lo que sí recuerdo es lo que aconteció en el último planeta que Gaia colonizó. Esta vez hubo una sutil diferencia con el resto de asentamientos. Aged empleó demasiado tiempo en descubrirlo, miles de siglos que permitieron a los seres de Gaia evolucionar como nunca antes lo habían hecho. Cuando, por fin, Aged acertó con el planeta e inició su propia creación de muerte y agonía, Gaia detectó algo que la llenó de ilusión y esperanza. Sí, Gaia sabía de buena tinta que su creación, sus entelequias serían inevitablemente destruidas y que el equilibrio se evaporaría; sí, estaba convencida de que perdonaría a su hermano por ello y que Aged la volvería a traicionar convirtiéndose en ese falso dios que solamente busca la destrucción y la muerte. Sabía que nuevamente instauraría su virus, el hombre-mujer, que lo corrompería y, con ello, la destrucción se aceleraría exponencialmente. Sí, todo eso ya sabía que iba a acaecer, pero vio algo que cambiaría el curso de la historia para siempre. Sí, Gaia abandonó ese pequeño rincón en cuanto el ser humano evolucionó a su máxima expresión perfectamente manipulado por el odio de su hermano, cuando ya el planeta estaba

condenado a la no vida, cuando ya el hombre-mujer lo había viciado todo.

Abandonó esa isla de muerte y buscó un nuevo asentamiento entre los infinitos universos. Ahora perseguía algo muy concreto, por primera vez en eones tenía un plan, por primera vez iba a plantar cara a su hermano, además..., por primera vez iba a derrotarlo. Intuía que su plan requería localizar un remoto planeta oculto en una pequeña galaxia, así que rebuscó y rebuscó hasta encontrar el asentamiento más recóndito de todos los universos, muy oculto, casi invisible, tanto que Aged se eternizaría en encontrarlo. Ese valioso tiempo permitiría a sus retoños evolucionar hasta que aflorase, cual briznas de liquen tras las cenizas de un incendio, ese linaje que pondría fin a la destrucción de Aged. Perseguía nivelar la lucha y conseguir el tan ansiado equilibrio. Que la vida colonizase todos los rincones del infinito cosmos. Ahora tenía un plan. Es por eso por lo que abandonó este último asentamiento sin tanta amargura como en otras ocasiones y buscó y rebuscó como nunca antes lo había hecho.

En un diminuto universo escondido en la periferia del orbe cósmico descubrió un grupo de miles de millones de cúmulos de galaxias y nebulosas. En uno de sus vértices, medio oculta y especialmente apartada y protegida por unas cuarenta galaxias, vislumbró una muy especial. Tenía cuatro brazos espirales del color de la leche. En uno de sus brazos, en la zona más alejada del centro galáctico, reparó en una estrella de mediana magnitud sobre la que orbitaban varios planetas. Se aproximó a los más cercanos, todos rocosos. En el corazón de Gaia se encendió la chispa vital y, decidida, se instaló en el tercer planeta.

Es en este pequeño cuerpo rocoso, en este minúsculo planeta azul, en lo más profundo de este universo donde comenzó el fin de la muerte y el inicio de la vida. Es en este pedrusco celestial donde se llevó a cabo la lucha final más encarnizada entre la vida y la muerte. Entre la muerte y la vida. Es en este recóndito asentamiento donde comienza este relato.

... y dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves de los cielos, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra tenga dominio».

... y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo Dios: «Fructificad y multiplicaos; y henchid la tierra y sojuzgadla; y tened dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves de los cielos y sobre todas las bestias que se mueven sobre la tierra».

... y dijo Dios: «He aquí que os he dado toda hierba que da semilla que está sobre la faz de toda la tierra; y todo árbol en que hay fruto de árbol que da semilla os será para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda hierba verde les será para comer».

... y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día sexto.

Antiguo Testamento. Pentateuco. Libro del Génesis: Creación de la vida ... y vio Gaia como su hermano, Aged, creaba al hombre y se asustó. Hombre y mujer fueron creados a imagen y semejanza de su hermano y se asustó. Y Aged creó al hombre. Y Gaia se asustó. Y vio como Aged dijo: «He aquí que os he dado toda hierba que da semilla que está sobre la faz de toda la tierra; y todo árbol en que hay fruto de árbol que da semilla os será para comer, toda hierba verde les será para comer». Y Gaia se estremeció. Y a Aged le gustó.

... y vio Gaia algo que arrancó una pequeña sonrisa de sus labios, un halo de esperanza se dibujó en su semblante. Y a Gaia le gustó. Y vio que era bueno y, con esperanza, comenzó su nueva búsqueda.

... y vio Gaia todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana el día uno de la nueva era. Y fue el día uno del comienzo de la vida.

El libro de vida. Vitae Expectationem.

Libro del Génesis: Creación de la vida

1

Con apenas diez años, Ander ya dominaba perfectamente el difícil lenguaje de las máquinas. Para él no era un secreto el conversar pulsádamente con las teclas de los sofisticados procesadores, ni el engañar con inocentes trucos a su «androide niñera», Beba, como él la llamaba; ni el manejar los complejos aparatos de los diferentes cuartos de su mansión. Solo había alcanzado el Segundo Nivel —sin aparente esfuerzo—. Su concentración y capacidad para asimilar conocimientos eran asombrosas; esto debía haber alertado o, al menos, inquietado al Tercer Imperio.

Resguardado de los incontables quehaceres domésticos, casi malcriado por el exceso de mimo de las máquinas y protegido de los «desafiantes peligros» que circundaban el recinto exterior, Ander correteaba a sus anchas por el interior de su hogar, aunque esto solo podía hacerlo en los cuartos en que le estaba permitida la entrada; únicamente había alcanzado el Segundo Nivel. Los tubos de led, desvaídos, limpios de cualquier pequeña suciedad, testigos secretos de los movimientos de Ander, iluminaban tenuemente los rincones de las aceradas paredes, bien recubiertas con unas débiles láminas de pinturas: azules turquesa, salmón y, sobre todo, el blanco tintineante, suave, simple, ese era el color que más le gustaba.

En algunas ocasiones, Ander se sentaba sobre la superficie incolora de su dormitorio y comenzaba a jugar. Una pantalla holográfica que recubría cada centímetro del suelo era su fiel

compañera de juegos. En ella podían verse reflejados todos los detalles que él dibujaba en su mente; imágenes posibles e imposibles. Ráfagas de aire puro, gotas de rocío cristalino, papeleras y arcones repletos de múltiples muñecos, fatuos muñecos, inalcanzables a su tacto, pero que le hacían tanta compañía. Dulces sueños, llenos de un deseo que todavía no podía explicar, incomprensibles a su dormida inteligencia. Ander podía pensar casi todo lo pensable y convertirlo en falsa realidad en pocos instantes, tan solo las tres reglas de oro coartaban su imaginación. Siempre vigilado por la atenta mirada de cada una de las cámaras de vídeo que salpicaban las instalaciones. No había en todo el planeta ningún circuito cerrado que pudiera equiparársele. Los mejores especialistas y clones de Arysalar, dirigidos impersonalmente por las tres unidades centrales de poder (UCP) del Tercer Imperio, habían trabajado en su diseño; y no era para menos, su subsistencia dependía de su perfecto funcionamiento.

Las paredes de su cuarto, donde pasaba la mayoría del tiempo, estaban completamente limpias de adornos o detalles, eran paredes mudas, asfixiadas de silencio; tan solo un ventanal de acolchadas cortinas de un color cobre rompía esta infernal monotonía. Desde él, se podía apreciar el exterior de la parte sur de la mansión; aunque, desafortunadamente para Ander, una enorme pared formada por el espeso bosque le impedía ver el horizonte. Un grueso cristal termolaminado que, cuando detectaba su presencia, se sellaba formando una estructura infranqueable, vigilaba desde detrás de las cortinas. A veces, Ander se sentaba frente a él y se imaginaba corriendo entre los árboles. Sus pensamientos se confundían con las imágenes creadas en el suelo. Árboles tridimensionales florecían por toda la habitación, de robustas ramas y verde follaje, similares a los que tenía frente a sus ojos. Un aroma de vida y una paz gratificante recorrían sus arterias. ¡Esa sensación de libertad! Algo muy profundo lo estaba llamando a gritos; voces apagadas por su corta experiencia que, sin lugar

a duda, llamarían su atención a medida que su cerebro aprehendiera las nuevas experiencias que aún estaban por suceder. Voces amigas que, en ocasiones, le turbaban el sueño; voces de auxilio ahogado por una pared impenetrable. Pero, sobre todo, Ander escuchaba el silencio de lo que estaba frente a sus felinos y verdes ojos y notaba cómo su respiración se iba acompasando hasta llegar a un estado casi astral; entonces, corría, saltaba, se dejaba llevar, para acabar jugando sobre la inexistente hierba de su habitación. Como siempre, casi automáticamente, la atenta mirada de los sensores de la UCP desconectaba la red de su cuarto y los árboles se desvanecían, convirtiéndose en mudos fantasmas. El silencio se truncaba en un batallón de voces que atormentaban sus tímpanos. La mirada de Ander cada vez era más desafiante y sus cejas se apretaban contra sus ojos llenas de rabia. Odiaba los sermones, las regañinas por infringir una de esas absurdas reglas. La habitación parecía inerte, sus paredes eran como pétreas moles que dejaban tan solo rebotar el estridente zumbido de la voz que resonaba por los altavoces. A su cerebro llegó una frase, la primera regla de oro: «Los sin sombra tienen prohibido expresar experiencias astrales hasta no haber superado la prueba y alcanzado el Tercer Nivel». ¡Mierda!

—Te hemos dicho que no debes gastar tu tiempo en esos absurdos juegos —señalaban de forma autoritaria los altavoces.

—¿Cuándo voy a ver a mis padres? —Una voz infantil, llena de inocencia, trataba de suavizar la regañina de los altavoces. Esta duda sabía que siempre tranquilizaba el enfado de la metálica voz, aunque Ander también conocía la respuesta: «Pronto... Todavía no tienes sombra», murmuraba burlonamente, encogiéndose de hombros. —¡Pronto! —respondía una voz distorsionada, resonando a través de las paredes—. Aún no estás preparado para recibirlos.

Todavía no tienes sombra.

«Todavía no tienes sombra. Todavía no tienes sombra».

Los sin sombra, los sin sombra... El eco de esa frase lo dejaba perplejo, mejor eso que no una regañina acompañada siempre con un rastrero castigo. El resonar de esa frase le hacía mirar a su alrededor en busca de su sombra, pero esta no aparecía. Entonces, se agazapaba sobre sus rodillas en una esquina de su cuarto, cabizbajo. Sabía que eso calmaría el tono agresivo de los altavoces. Sus pensamientos eran cortados por la siguiente frase:

—¿Quieres o no quieres tener una sombra y así poder ver a tus padres?

—¡Ver a mis padres! —ensoñaba Ander. Por supuesto que quería ver a sus padres, por supuesto que quería tener una sombra, deseaba alcanzar ese Tercer Nivel; no estaba del todo seguro del porqué, pero haría cualquier cosa por poder ponerse la túnica dorada. Claro que quería ver a sus padres.

En otros momentos, dejaba volar su imaginación, se dejaba llevar, navegando por las profundidades de sus recuerdos, y en ellos tenía la sensación de haber estado muy cerca de su madre, flotando, suspendido en un mar tranquilo, caliente, desde donde se podía escuchar un tum-tum-tum indestructible, dócilmente acompasado. Eran unos recuerdos agradables, llenos de una paz reconfortante que ya Ander empezaba a añorar. Pero a su padre..., no lograba recordar a su padre. Sí, había unas holografías suyas en uno de los salones de la mansión en los que le estaba permitida la entrada. Siempre la víspera de la prueba recibía un regalo suyo. La última vez fue un precioso traje de franela que solo se pondría al día siguiente, el día de la prueba. Un traje muy exclusivo, con un gorro muy especial del que nacían unos espigados hilos metálicos que se perdían en lo alto. Lo que más le gustaba era el color, blanco, muy blanco... Pero eso era todo lo que sabía de sus progenitores. La realidad es que no recordaba haberlos visto nunca, solo en hologramas, solo en breves historias escupidas por los altavoces y en sus profundas ensoñaciones.

No había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que se puso el traje de franela blanco, que se engarzó el gorro en su bien cuidada melena roja y entró en el salón del Tránsito, así que aún restaban varios meses hasta la siguiente prueba. Debía esforzarse y prepararse mejor; la próxima vez no quería fallar, deseaba tanto tener una sombra, acceder al Tercer Nivel. Todo era cuestión de concentración, de dejar la mente en blanco, de viajar por los secretos de sus deseos; eso sí, le estaba terminantemente prohibido abandonar su cuerpo, la primera regla de oro. Su mente debía permanecer encarcelada y solo podría proyectarse en forma de sombra, en ese instante tendría acceso al Tercer Nivel, ya no sería un sin sombra y podría viajar con sus padres por todo Arysalar libremente. Una vez alcanzado el Tercer Nivel, y ya con acceso a todas las dependencias, podría alejarse de su cuerpo y tratar de llegar al Cuarto Nivel; entonces, solo entonces, se le otorgaría la túnica dorada. Aunque, personalmente, a él le gustaba más la túnica blanca.

2

Era bien sabido que al emperador le entusiasmaban en exceso las formas y amaneramientos de la nobleza que había vivido en Terra hacía ya decenas de siglos, en la era cristiana, más concretamente en la época que definieron como Edad Media; es por esto por lo que los edificios que rodeaban el Palacio Imperial estaban anacrónicamente diseñados según los estilos imperantes en aquellas épocas medievales. A pesar de la incorpórea red de circuitos y adelantos tecnológicos que se ocultaban entre sus paredes, tras los visillos, a simple vista, el espectador que desconociera este hecho creería encontrarse en cualquier palacio de la antigua nobleza francesa. Solamente rompían este encanto las docenas de sirvientes metálicos que entraban y salían de los diferentes aposentos y la vestimenta de algunos invitados que acudían con frecuencia a rendirle pleitesía, que, a diferencia del emperador, vestían más acordes con la época en que vivían. Todo lo demás estaba expresamente diseñado para que Máximo se sintiera como un emperador medieval, engalanado con ridículas vestimentas nada propias de las que se empleaban en el siglo que le había tocado vivir. Los cortinones de la balconada estaban medio abiertos, lo que permitía ver a algún dron de vigilancia que husmeaba los perímetros del palacio en busca de cualquier eventual invasor. Una voz ronca envolvió toda la estancia, rebotando en las marmóreas paredes mientras unos tímidos rayos de luz penetraban por el emplomado de la cristallera que ocupaba toda la fachada norte del palacio.

—¿No es maravillosa esta aria de Donizetti? —les preguntó el emperador.

—No entiendo cómo te puede gustar tanto esa música de hace tantos siglos. Ahora tenemos a Roberto Bentolinni, a Adriano Merco, ¿cómo es que sigues aferrado a esa época tan antigua? —le respondió el fidei Pío.

—Pues a mí me gusta —se incorporó a la conversación el general Lastray—, sobre todo, si es interpretada por el grande entre los grandes, Pavarotti. —El emperador aplaudió esta afirmación.

Pío manifestó su disconformidad, para él cualquier cantante de hacía más de mil años era como escuchar los timbales de los primigenios homínidos haciendo sus primeras incursiones musicales.

—Dónde esté Adriano Merco, con su potente chorro de voz, que se quiten estas momias de siglos atrás —concluyó el fidei ante las risas de sus acompañantes.

—José, ¿qué tal esa nueva yegua que estás domando? —quiso saber el emperador—. ¿Cómo la vas a llamar?

—Mahra, excelencia.

—Es un bello ejemplar de pura raza.

—Sí, es una preciosidad —apuntó el fidei—. Era la montura que llevabas ayer por el sendero de la laguna, ¿no?

—Sí, Pío. Resulta un animal muy dócil e inteligente.

—¡Ah!, por cierto, ¿has enviado ya las compañías que te ordené al sector 7? —dijo el emperador reposándose en su trono, imitando casi en exceso la viva imagen del antiquísimo Rey Sol, mientras el aria de Donizetti, *Una furtiva lágrima*, magistralmente interpretada por Luciano Pavarotti, hacía mecer las coloridas cortinas de lana virgen recocida que colgaban de la balconada.

Un androide se dirigió hacia el balcón para acabar de abrir sus puertas y permitir que el aire seco de la mañana limpiara el ambiente. Nadie le prestó la más mínima atención y, cuando terminó con su faena, se posicionó en su esquina, a la espera de nuevas órdenes.

—Sí, excelencia. Los últimos efectivos han salido esta misma mañana —respondió apresuradamente el general José Lastray—. En pocas semanas, tendremos todo ultimado para el asalto final.

Llevaban días preparando este secuestro que sumaría el número seis en su lista. Estaban muy cerca de culminar la alucinación que los envolvía.

—Máximo, ¿no crees que estás exagerando? Dejad que envíe yo a mis acólitos. El poder de Dios sabes que tiene mayor efecto disuasorio que el de tus armas. —Rió con un cierto aire de superioridad el fidei Pío. Él era el único en todo Terra que se podía permitir el lujo de hablar en ese tono al gran líder. De hecho, era el único en todo el planeta que le llamaba por su nombre de pila. Acompañaba la conversación con unos breves sorbos de su vino preferido, un moscatel reserva de Teulada del que aún conservaba varias barricas. Se mostraba mucho más relajado que el emperador, a pesar de lo cual no paraba de dar vueltas a su anillo piscatorio que descansaba plácidamente en su dedo corazón.

—Por supuesto, amigo Pío, tus hordas siempre son un activo a no despreciar en absoluto, pero piensa que nuestra prioridad es encarcelar a ese engendro. Lo primero es asegurar el éxito de la misión —añadió el emperador mientras dejaba hundir aún más su cuerpo en el trono imperial, mecido por la voz del tenor que ahora entonaba: *«Quelle festose giovani»*.

—¿Cuántos efectivos tenemos ya destinados? —preguntó Pío con condescendencia.

—Con las tropas que envié esta madrugada son ya dos las legiones distribuidas por la circunscripción sur y otra más en la norte. Es imposible que nadie pueda escapar. —El general sabía de la importancia de esa misión, un solo engendro que no fuera encarcelado podría dar al traste con toda la reputación del Imperio.

Las notas de *Una furtiva lágrima* aumentaron su tono como queriendo participar de la conversación. El emperador movía su mano como si fuese él en persona quien estuviera dirigiendo el aria, realizando movimientos que marcaban la debida interpretación rítmica. Con su dedo índice simulaba una batuta que, acompasadamente, daba paso a cada instrumento: «*¿Che più cercando io vo?*». A pesar de la concentración que regalaba a la música no perdía detalle de la conversación y añadió:

—No podemos permitir que esos engendros descubran que tienen la más mínima posibilidad de victoria.

Máximo Octavio Tiberius, así se había bautizado cuando él mismo se autoproclamó gran líder supremo del Tercer Imperio, gran emperador de Terra, renunciando a su nombre original hacía ya más de cincuenta años. Su enorme ambición y ego lo habían catapultado a lo más alto de Terra. Para llegar a la cúspide de esa sociedad, siendo aún un mozo ambicioso, solo necesitó librarse del entonces rey, Leopoldo IV, y de todo su séquito, familia incluida; supo que con las herramientas adecuadas esto resultaría sumamente fácil de realizar y Máximo contaba con la mejor maquinaria. Tenía a su fiel capitán, José Lastray, y a su entrañable amigo de la infancia y no menos ambicioso, el escriba Pío. Además, dispuso de la inestimable ayuda de una organización que manejaba en la sombra los hilos de Terra, la Obra, representada en la figura de un joven e insaciable prelado, Anselmo Pui, quien anhelaba ocupar el puesto de máximo obratori dentro de la organización, que conquistó gracias a esta maniobra.

Mientras, el capitán Lastray se hacía con el poder de los ejércitos, algo relativamente sencillo para alguien con su trayectoria, ya que era venerado por sus soldados porque gustaba de combatir junto a ellos, codo con codo, acostándose con las mismas mujeres, bebiendo de sus mismas jarras, comiendo la misma bazofia, compartiendo espada y bláster, sudor y sangre, y no como los otros mandos, que preferían presenciar las batallas desde sus consolas y dirigir las escaramuzas desde la seguridad de la lejanía. A Lastray el olor a sangre siempre le había excitado, le provocaba una sensación de poder más fuerte que cualquier droga. Solo le quedaba su ojo derecho; el otro, el izquierdo, lo perdió hace ya tiempo en una escaramuza. Una mala suerte. Lo único que ambicionaba con más pasión que ser el máximo dirigente de todos los ejércitos y bautizarse como el general más laureado de todo Terra era encontrar a cualquier miserable engendro similar a quien se lo arrancó de su órbita. Tarde o temprano, se cruzarían en su camino más individuos de su especie y lo pagarían muy caro. «¡Malditos engendros!». Desde aquella fecha, un parche negro en su cuenca vacía le recordaba, día tras día, su odio hacia ellos. Con el tiempo había adquirido la mala costumbre de ejecutar a cualquiera que hiciera mención de su discapacidad visual o se mofase siquiera del color de su parche. Para este golpe de estado solamente tuvo que convencer a sus tropas de que lo siguieran, eso fue lo más complicado del plan. Arrestar y decapitar públicamente a los demás mandos, oficiales y generales fue un inmenso placer que, además, originó un acercamiento aún más intenso con sus cohortes, que desde ese momento le juraron fidelidad eterna. A partir de ese instante serían sus regimientos, suyos, y eso nadie lo iba a cambiar, antes degollaría a quien fuera menester. «¡Hasta la muerte! ¡Por tierra, aire y mar, siempre con nuestro capitán!» berreaban los embriagados soldados mientras sus ensangrentados cuchillos cercenaban las yugulares de los apoltronados caudillos ante la horrorizada visión de sus

familiares y adeptos. Nadie estaba a salvo de esa barbarie y nadie sobrevivió a ella.

De la decadente familia real, ridículamente ataviada con trajes de color oro chillón y cuellos que ocultaban su nuca —«Parecían todos unos afeminados», se decía el emperador—, se encargó el mismísimo Máximo en persona. Sentía una debilidad especial cuando la sangre —sobre todo, la de los más pequeños— goteaba en sus manos. Su cuerpo llegaba al éxtasis cuando percibía cómo el último aliento se escapaba de sus diminutas gargantas. No deseaba privarse de esas sensaciones que le subían sus niveles de endorfina y dopamina. No, esa tarea solo debía realizarla él en persona, para eso había sido designado por el mismísimo Dios como el elegido, el líder supremo de toda Terra. Créanme, disfrutó mucho haciéndolo. No permitió que nadie saliera vivo de la estancia donde había ordenado recluir a toda la familia real. Ni siquiera el recién nacido de tan solo cinco meses, único inocente de este juego de poder y próximo heredero al trono, obtuvo su piedad. Su madre, la actual consorte y reina, tirada en el suelo con el bebé en sus brazos, lo miraba horrorizada suplicándole continuamente que permitiera vivir a su retoño. «¡Es solo un angelito!, ¡por compasión!», lloraba lastimeramente repitiendo una y otra vez la misma letanía mientras a su lado yacía el cuerpo degollado de Leopoldo IV, su amado esposo. Trataba de implorar un poco de cordura entre tanta crueldad. Mientras, Máximo Octavio Tiberius, ajeno al dolor suplicante de la reina y delante de sus propios ojos, tomó un bisturí láser de la mesa de piedra que se instalaba en el centro del habitáculo y, arrebatando impasiblemente al bebé de los cálidos brazos de su madre, lo colocó sobre su fría superficie, lo desnudó y comenzó a desollarlo vivo. Los gemidos enloquecidos de dolor de la madre enmudecían los llantos y chillidos del recién nacido. El sufrimiento se podía oír en cualquier rincón del universo, incluso los festejos de la plaza donde se estaba seccionando la cabeza a los oficiales enmudecieron ante tales

alaridos. Con el pellejo aún caliente en sus manos, goteando sangre y dolor, se aproximó hasta la mujer que se había arrastrado a sus pies y se encontraba postrada abrazando las patas de la mesa, inmóvil. Arrogante y desafiante, se inclinó para enseñarle el trofeo aún caliente, el cuero de lo que antes había sido su criatura amada. Pudo comprobar cómo esta se encontraba exánime. Había perecido allí mismo. El espanto que sufrió fue tan agudo que su pobre corazón no pudo más, se paralizó como queriendo liberarla de tanto desconsuelo y amargura. Incluso el amarillo chillón de su vestimenta se había apagado y dejaba ver los rizos rubios que dormían sobre los hombros moribundos de la reina. ¡Qué satisfecho se sentía Máximo! Orgulloso de su faena, se encaminó directo a sus aposentos; no necesitaba ni quería ducharse, el olor a sangre le haría dormir plácidamente mientras los ahogados gritos de los generales y sus familiares continuaban escalando por las cañerías y recovecos hasta inundar su habitáculo. Ese día fue uno de los más felices de su miserable existencia.

Y qué decir de Pío, por aquel entonces escriba o párroco Óscar Vergara. Su papel dentro de esta trama fue tan oculto y sutil que cualquiera pensaría que, en verdad, era un hombre de Dios consagrado a sus cultos. Encorvado, como la mayoría de los escribas y coronaris que salpicaban Terra, de incipiente calvicie y mirada perdida, de nariz aguileña y tez tan mortecina como sus pensamientos. Fue nombrado sumo sacerdote, fidei de todo el Neo Testamentum, el mismo día en que Máximo se autoproclamó emperador y gran líder del Tercer Imperio. Extraña casualidad que la curia lo nombrara a él, un perfecto desconocido en las altas esferas de Dios. De forma totalmente inesperada, mientras los adversarios de Tiberius eran detenidos, Constantino XII, hasta esos momentos fidei y líder espiritual de Terra, sufrió un inesperado ataque al corazón mientras oraba en su templo por las ánimas de los desalmados que estaban siendo apresados, a sabiendas de su inminente ejecución. No se le practicó ninguna autopsia. Su cuerpo fue

rápidamente incinerado y enterrado en la cripta principal de la capilla; eso sí, con todos los honores de hombre santo, de hombre devoto, de hombre de Dios. «Mejor un santo que un mártir», solía repetirse Pío.

Este, ya desde muy joven, era un gran conocedor de una infinidad de plantas y, en su actual residencia, en el palacete sito en la parte alta de la ciudad, en la habitación adosada a su cubículo principal, poseía un gran muestrario con infinidad de hierbas en tarros bien pulidos, etiquetados junto con cientos de tomos perfectamente encuadrados en madera y cuero, con adornos en oro de ley y orfebrería de primerísima calidad. Podría perfectamente haber conservado esa documentación en cualquier otra forma de almacenamiento de información de las que disponían dada la actual tecnología, pero era un romántico que gustaba acariciar los tersos lomos de sus libros, de oler el aroma acre del papel, de sentir el ruido de las hojas al deslizarse entre sus dedos. Acompañaban a los textos cientos de delicadas botellitas que guardaban la esencia de poderosas toxinas perfectamente ordenadas, limpias de la menor mota de polvo. La mayor biblioteca privada del sector 1 y, por ende, de toda Terra en materia de venenos y bebedizos. Entre su vasta colección no podía faltar la *Acontium Napellus*, vulgarmente conocida como *ira-belar* o acónito común, que segrega una toxina difícil de detectar y altamente venenosa. Ya desde su infancia, conocía los efectos de esta planta que, sin lugar a duda, después del *Clostridium Botulinum* y hasta la fecha, era el veneno más potente que se podía encontrar en Terra. Fue muy efectivo y silencioso, bastaron unas gotas en el té que su eminencia acostumbraba a tomar a media tarde, antes de los oficios.

—No bastará con detener al engendro —se apresuró a decir Máximo, sacando a los demás de las ensoñaciones personales que el aria provocaba—, debemos ejecutar a todos los que le han dado cobijo, a todos los que han tenido incluso

conocimiento de su mera existencia. La debilidad es la peor de las cualidades de un emperador.

La música estaba llegando a su clímax cuando Nemorio comprueba que el elixir por el que tanto ha pagado al doctor Dulcamara comienza a hacer efecto en las muchachas de la villa, ahora solo resta encontrar a su amada Adina para que esta caiga locamente enamorada de él y renuncie a esa farsa de compromiso con el sargento Belcore: «*M'ama, sí, m'ama, lo vedo, lo vedo!*».

—¡Exacto! Máximo, en esta vida, lo peor que puede pasar es que los demás piensen que eres débil. Está tan cerca esa cualidad de la estupidez que sería un riesgo innecesario —apuntilló el ahora fidei Pío mientras se sentaba en un pequeño diván a la izquierda del trono imperial, recostándose como lo habían hecho antes que él los emperadores romanos que, milenios atrás, lo precedieron; incluso tuvo la osadía de alargar la mano y tomar de la pequeña bandeja que sujetaba un droide un racimo de jugosas uvas blancas mientras citaba un verso de su libro sagrado acompañado de una corta plegaria a su dios todopoderoso y hacedor de todos los bienes de la creación. Un sorbito de su aromoso licor fue la guinda perfecta.

El general José Lastray asintió:

—Las órdenes que he dado a mis soldados han sido muy claras: «Apresad con vida al engendro y exterminad a todos los que lo rodeen». Os doy mi palabra de que antes del aniversario de su excelencia, todos estos engendros estarán presos —finalizó, mirando con picardía al emperador a la vez que los violines del aria anunciaban el final de la canción: «*Si può morir... Si può morir d'amor!*», afinaba Pavarotti.

Un halo de satisfacción recorrió la cara de Máximo y unas miradas de complicidad se cruzaron en el aire. Qué orgullosos se sentían con todo el poder omnímodo bajo sus pies.

—La victoria total está tan cerca... —señaló Lastray mientras hacía un gesto con sus dedos, como indicando que no quedaba nada para el triunfo final. Acto seguido, llevó sus falanges hacia su cara y, palpándose el parche negro que cubría su desaparecido ojo, recordó al engendro que hace años se lo arrebatará. Dio un prolongado suspiro. Su odio hacia esos niños era extremo, pero a partir de esta última maniobra casi todos estarían bajo su control.

—Los atraparemos a todos, José —susurró Pío percatándose del ensimismamiento en que Lastray se había sumergido—. Ya casi tenemos encerradas a las siete bestias, a las siete abominaciones. Vamos por el buen camino, amigos. Nada puede fallar. Recordad que estamos realizando la obra de Dios. Nada nos detendrá, nada. —Levantó su copa invitando a sus aliados a brindar con él.

Una algazara comenzó a inundar todo el palacio presidencial mientras los tres cargaban sus copas con el delicado moscatel.

Un androide se aproximó hasta el emperador y le susurró algo al oído.

—Amigos, lamentándolo mucho, debo dejaros, el coronari Anselmo ha solicitado mi presencia. No queremos que las víboras se desperdigen de la cesta; mejor tenerlas juntitas para poder emplearlas a nuestro antojo.

Todos sabían perfectamente quién era el misterioso benefactor al que debían el control de la información que navegaba por las redes, que cubría cada cartel holográfico de Terra, que se publicitaba en los aerotaxis y en las marquesinas de las escaleras gravitacionales que salpicaban cada sector del planeta. Había sido un aliado muy valioso y su orden secreta, Pío se reía de ese falso secretismo, los había ayudado a preservar su poder desde hacía ya más de medio siglo. Su orden, la Obra, había manipulado con extremada efectividad

todas las declaraciones que provenían de grupos rebeldes. «Entre tantos miles de millones de habitantes es fácil encontrar algún enemigo que desee arrebatarte lo que por derecho legítimo te corresponde», pensaba el fidei. Además, Pío también conocía la ambición desmedida del coronari, sabía que deseaba fervientemente ocupar su puesto, razón por la cual siempre se mantenía alerta. Era conocedor de la sorpresa que se llevó cuando fue nombrado él, y no el coronari, el nuevo fidei de Terra; las miradas furibundas que se cruzaban cuando escasamente coincidían presagiaban una enemistad eterna.

3

Henri Lovelock Segundo, o Txiki, como gustaban de llamarlo sus amigos en plan irónico, ya que su estatura era de casi dos metros, era uno de los afortunados pobladores de Terra. Tirador experto, coleccionista de fósiles y doctor en Geología, vivía junto a su familia en una región muy confortable, donde solía llover con asiduidad y donde antaño, en otras épocas ya lejanas, sus lugareños eran expertos marineros que surcaban los mares en busca de una especie muy codiciada, pero ahora extinta: el bonito. Donde sus nativos se habían forjado con el sudor y el olor al hierro de sus minas y la construcción de enormes y sofisticados buques, donde los deportes rurales suscitaban el trueque de caseríos y ganado de unas manos a otras debido a la pasión de sus gentes por las apuestas. Esa vasta región ahora se había rebautizado como el sector 7. Txiki era fácilmente identificable, ya que, además de su altura, poseía una frente prominente y padecía de un pequeño «defecto» al hablar el nuevo idioma universal, único idioma que obligaba a los humanos: no lograba pronunciar correctamente la doble erre, él la hacía vibrar en exceso, alargándola; disfrutaba enormemente haciendo esto. Vivía feliz con su mujer, Anna Margulis, y con su hija de tres años, Maite, Maitetxu, como ellos la apodaban cariñosamente.

En tiempos de sus antepasados —antes de la ocupación por parte de la monarquía que arrebató, en la guerra de los Dos Siglos, el poder al pueblo llano, ostentado hasta entonces por la presidenta de la Segunda República, Sarah McMillan—, Txiki contaba a veces en las sobremesas familiares que su familia era

conocida en todo el planeta por su esmerada y deliciosa miel. Sus ancestros disfrutaban de más de cien colmenas de abejas que producían una de las mejores mieles de todo el planeta. Miel de brezo, de jazmín, de madreSelva. Miel de mil frutos, de arándanos, frambuesas, grosellas. Venían de todas partes del globo para comprársela, decía orgulloso y lleno de satisfacción, como si fuera ayer cuando colas y colas de viajeros pasaran por su caserío para comprar el venerado producto. Hoy Txiki se contentaba con cuidar una sola colmena, irreal colmena que existía en sus pantallas holográficas, dentro de los circuitos impresos de una máquina. Abejas virtuales que no producían ni miel ni cera, pero Txiki se sentía feliz y se autodenominaba apicultor, profesión que hacía mucho que había desaparecido de la faz de Terra. El doctor Lovelock era dichoso cuidando de su rebaño de obreras, aumentando sus celdas mediante meticulosas limpiezas, eligiendo los huevos perfectamente ovalados, las larvas, las pupas. Le habían confeccionado un programa en 4D con un sonido 8D con el cual podía seguir a sus mascotas por la pradera virtual, podía verlas libar el néctar de las flores que el *software* previamente había salpicado por toda la pantalla. Su mujer, Anna, disfrutaba viendo en la superficie del suelo del cuarto donde se reflejaban las imágenes tridimensionales lo que su compañero le indicaba.

—Mira, ahora la reina está poniendo un nuevo huevo. ¿Ves?, lo colocamos aquí. —Y, con un simple pestañeo, Txiki lo transportaba a una de las celdillas que previamente había preparado—. Traemos una nodriza para que la cuide y pueda hacerse mayor y volar por los campos —decía Txiki, que, con otro parpadeo, pues la tecnología que habían empleado para su diseño era impresionante, le mostraba en la pantalla tridimensional una inmensa pradera virtual, donde ubicaba unas flores aquí, unos arbustos allí, unos matorrales junto a unas rocas, jazmines, caléndulas, moreras y un sinfín de especies más.

El programa era increíble. Anna sabía perfectamente lo que era capaz de hacer, máxime cuando había sido ella quien lo había diseñado. El programa «Abeja», como lo llamaba Txiki, era una aplicación muy real. Anna Margulis trabajaba en la última planta de ACROM, la principal empresa de *software* de todo Terra y una de las más importantes delegaciones de la UCP. Era una ingeniera informática y diseñadora de prestigio. Había sido requerida por las mejores empresas del planeta, razón por la cual el Imperio no tardó en reclutarla. También cultivaba las artes de la neurología y la biología, habiendo sido una de las biólogas más reputadas entre el elenco académico, hasta que sus teorías, por estrafalarias, cayeron en declive. Sus supuestos sobre la simbiosis de los organismos procariotas para dar lugar a la célula eucariota fueron poco tenidos en cuenta por los científicos que, después de ella, elaboraron teorías sobre la evolución. Cualquier tema que discurriera paralelo a las creencias de su nuevo libro sagrado, el Neo Testamentum, debía tratarse como mínimo con escepticismo. Según su teoría, «las células eucariotas —las animales, las de los hongos y las vegetales— procedían de la incorporación sucesiva de células procariotas —bacterias—, que irían pasando a formar parte de los diferentes orgánulos, como las mitocondrias o los cloroplastos. Además, también defendía la incorporación de cilios y flagelas en las células eucariotas a través de la intervención de algunas bacterias espiroquetas».² Anna sostenía que las células podían desarrollarse hasta modificar su estructura interna, hasta tal punto que en un solo ciclo de la evolución se podría hablar de células totalmente diferentes. Unas ideas demasiado revolucionarias para aquel momento y que la apartaron de la docencia. Su dedicación al trabajo solo era superada por su amor y entrega a su familia.

A pesar de que su niña, Maitetxu, no era hija natural, ellos la querían como si lo fuera. Las experiencias que habían vivido

con ella las alegrías que les había regalado compensaban con creces ese nimio hecho. Llevaban juntos desde que la niña tendría escasos dos días de vida, una recién nacida que apareció de milagro en sus vidas, envuelta entre harapos a la puerta de su mansión; de eso hacía ya más de quince años. Sin embargo, extrañamente, Maite solamente aparentaba tener cuatro. No sabían explicárselo. Ahora ya ni les preocupaba en exceso. Era su hija y eso nada lo cambiaría. Al principio, intentó buscar una explicación científica, tal vez se tratara de una rara enfermedad. Ya se habían dado casos muy aislados de niños que no envejecían a lo largo de la historia, pero la ciencia no había encontrado causas aparentes que justificaran tal comportamiento de las células. La «enfermedad de los inmortales» o «síndrome de Highlander» la habían denominado. Eran tan escasos los sumarios abiertos que poco podía aportar la ciencia médica, pero Anna pronto descubrió que era mejor guardarse ese rompecabezas para sí misma y compartirlo solamente con su reducido círculo de familiares. Investigar, pero en el más estricto de los secretos, sin publicaciones ni fama. Habían llegado rumores de que el nuevo orden, el nuevo Tercer Imperio al mando del emperador Máximo Octavio Tiberius, que había ajusticiado a todo el que se había interpuesto en su camino, estaba obsesionado con los niños que no envejecían y estaba moviendo cielo y tierra para arrebatárselos a sus familias. No era cuestión de ir corriendo por todo el sector diciendo que su hija permanecía joven año tras año. Sí, envejecía, pero tan lentamente que calculaba que, cuando ellos murieran, algo inevitable por otra parte, la niña podría llegar a tener un máximo de veinte años, eso que todavía eran una pareja joven, rondaban los cuarenta y cinco, por lo tanto, esperaba que aún les quedara mucho de vida; los avances médicos habían alargado la vida de los ciudadanos de Terra hasta pasados los cien años.

La niña era una esponja absorbiendo información. Aprendía todo con una fluidez impresionante. Además, como científica, como bióloga, había un dato que le había quitado muchas veces el sueño. Su hija no comía ni bebía nada; desde el primer momento rechazó los biberones y escupía la leche según se la daban. Nunca lloraba pidiendo su ansiada comida. Nunca parecía tener hambre o sed, sin embargo, se encontraba perfectamente de salud y sus moléculas de ATP (Adenosín Trifosfato) siempre estaban repletas de nutrientes; no padecía carencias vitamínicas ni hídricas. Todos los análisis que le habían realizado cuando aún era un bebé daban siempre el mismo resultado: niveles perfectos de vitaminas, de proteínas, de hidratos de carbono. Estaba en perfectas condiciones. Ni un catarro, ni una tos, ni fiebre, nunca había padecido enfermedad alguna. Al principio, esto les confundió enormemente, pero con el paso del tiempo esta circunstancia no hizo más que aumentar el cariño que sentían por ella. Siempre estaba alegre a pesar de que jugaba con muy contados niños y durante un periodo relativamente corto de tiempo, hasta que ellos crecían y Anna prefería buscarle otros compañeros de juegos más acordes a su edad aparente. Nunca una mala contestación ni un enfado por tener que hacer cosas que a otros niños los hubiera llevado inevitablemente al pataleo. Nunca la habían visto llorar y Anna pensaba que nunca la verían hacerlo. Procuraban mantener a la niña apartada de las curiosas miradas y darle como compensación más cariño si es que eso era posible. Era un verdadero cielo. Daban gracias a Dios por haberles enviado tal regalo. Lo que ellos no sabían era que se lo estaban agradeciendo al dios equivocado.

La pequeña Maite observaba a sus padres mientras estos navegaban con la consola por las verdes praderas, recolectando el polen de las flores con sus abejas virtuales, eso la hacía enormemente feliz. Mañana era un día muy especial para ella: era su decimosexto cumpleaños, aunque solo

aparentaría tener cinco. No tenía ningún deseo en especial, le bastaba con ver a sus progenitores reír junto a ella, que la abrazaran, que le hicieran pedorretas en su ombligo, esto último le provocaba escalofríos y comenzaba a reírse. Y, cuando su padre se apuntaba a la fiesta, ya no se podían detener, Txiki tenía una forma de reír muy contagiosa. Debía de ser la única niña del planeta que nunca había visto la holotelevisión; bueno, miento, a los dos años de estar con su familia, creo recordar, estuvo sentada frente al aparato, con su androide niñera, varias horas hasta que llegó su madre y se lo conectó, entonces, a los dos segundos se levantó, se dirigió al ventanal a observar el lago que se le mostraba anfitrión, invitándola: «Ven, Maite, báñate en mis aguas». No tardó en tomar la mano de su madre y, seguida por el androide, se acercó hasta la atrayente laguna para darse el prometedor chapuzón, dejando la fonovisión encendida con unos monísimos presentadores hablando de lo maravilloso que era el Imperio y bla, bla, bla.

Terra se organizaba en once megaciudades que el Imperio denominaba sectores. Entre cada sector coexistían interminables franjas de terreno yermo, devastado por la actividad y la codicia del ser humano. Franjas que eran rellenadas por inmensas cordilleras, extensos e inacabables desiertos —más de la mitad del planeta, casi todo el hemisferio sur, era un páramo sin vida— o mares asfixiados de salubridad, faltos de oxígeno, cubiertos de plásticos y polímeros de muy diversas formas y colores. Desde que a finales del período que precedió a la primera etapa oscura se diera un uso indiscriminado de estos materiales, hace ya muchos cientos de años, los mares quedaron anegados por estos cauchos y gomas que, con el paso de los siglos, aún perviven entre sus aguas. Ya quedaban muy pocos bosques. Una única selva virgen, de reducidas dimensiones sobrevivía al holocausto cerca de un impresionante grupo de ancestrales templos en el sector 3: el templo de Akshardham.

Todos los recursos se estaban agotando, lo que redundaba en mayor miseria para unos y opulencia para otros. Solo los más aventureros osaban internarse en esas zonas intersectores donde no imperaba más ley que la de la muerte. Los más de veintiún mil millones de habitantes coexistían repartidos entre los once sectores en que Terra estaba dividido. De entre los once sectores o megalópolis que conformaban Terra, quizás el sector 7 era el más seductor. Lógicamente, no era el sector 1, donde se ubicaban el Palacio Imperial, la ostentosa catedral que había sobrevivido a guerras y sus solemnes edificios militares con sus extravagantes parques e inmensos jardines. Provisto de grandes avenidas, delicadas arboledas con las edificaciones más modernas del planeta, donde se establecían las principales empresas de biotecnología, ACROM y un sinnúmero de sedes de las principales multinacionales que negociaban en Terra. Pero el sector 7 era uno de esos sectores en que, si residías en el distrito norte, te podías considerar muy afortunado. Por suerte, la familia Lovelock vivía en el distrito norte, una franja salpicada de elegantes casas unifamiliares rodeadas de un área de esparcimiento con cientos de hectáreas cubiertas de lagos y bosques donde sus escasos vecinos podían bañarse, hacer pícnic o desarrollar otras actividades lúdicas propias del pasado que los habitantes de Terra habían ya olvidado. El sector 7 se dividía en dos distritos claramente diferenciados, la ya mencionada zona norte y una zona sur donde desproporcionadas edificaciones bosquejaban una silueta aburrida y monótona, abarrotada de hormigón y asfalto, anegada de individuos. Amontonados en barrios de argamasa, con escasa vegetación, casi mil millones de almas vivían apiñadas en la demarcación sur del sector 7. Sí, había una gran diferencia entre vivir en la franja norte o malvivir en la franja sur. Txiki tenía suerte, residía en el norte y acostumbraba a ir con su familia a un lago que estaba cerca de su hogar. Allí jugueteaban entre los arbustos al escondite y podían, los días de buen tiempo, relacionarse con sus vecinos.

Desde hacía casi quinientos años, con la aparición de unas nuevas familias de monarcas, se reinstauró en Terra una conocida forma de gobierno dictatorial encabezada por reyes y nobles, tras la derrota de la presidenta de la Segunda República, Sarah McMillan. Los postulados científicos comenzaron a ser emitidos por lacayos sin escrúpulos, pertenecientes a diferentes sectas religiosas encabezadas por una especialmente cruenta: la Obra. Todos los antiquísimos escritos que existían sobre los dioses humanos, judíos, musulmanes, budistas, dioses tribales, antiguos dioses griegos y romanos, chamanes, Brahma, deidades escandinavas o esquimales, en suma, todas las creencias espirituales fueron unificadas y una nueva literatura escrita por los diferentes grandes maestros llenó las holotecas, aunque el acceso a este material solo estaba permitido a un restringido grupo de acólitos que, sutilmente, lo empleaban para convertir a la plebe en borregos bien adoctrinados.

Tras la unificación, en tiempos del primer monarca y dictador Jorge el Sangriento, de todos los dogmas de fe renació una nueva religión a golpe de látigo y muerte; las demás creencias fueron prohibidas, castigadas y perseguidas. Solo la figura de una única deidad sobrevivió al escarnio; fueron más de doscientos años de orgías de sangre, de guerras fratricidas llevadas a cabo para defender una madera sagrada o una piedra santa o un trozo de jade con forma humana. Al final, una escisión de la antigua religión judía se hizo con el poder, implantando la cruz como único símbolo de su dios. Su libro sagrado sufrió numerosas modificaciones, convirtiéndose en el Neo Testamentum, ejemplo de virtud y de obligado cumplimiento que fue sustituyendo a las leyes humanas. A los fideis se les regaló el poder absoluto sobre la palabra de Dios.

Influyó bastante en este resultado la realeza que gobernaba los designios materiales de la plebe, que gustaba de apoyar sus reinados con el beneplácito del Neo Testamentum. La jerarquía eclesiástica modificó sus nombres, aunque mantuvo

sus funciones y su poder sobre los designios espirituales de la plebe, por supuesto, salvaguardó todas sus riquezas materiales, todas y alguna más que encontraron por el camino de la guerra santa. «Un rey apoyado por un solo Dios, la simbiosis perfecta para sangrar al pueblo y asegurar el predominio de poder», decían los escasos detractores que se atrevían a hablar en público. Así el papa o el imam o el gran rabino pasaron a ser uno solo y se le denominó fidei, abreviaturas de *filius dei* (Hijo de Dios), el tratamiento que se le dio fue de su santidad o sumo pontífice o eminencia. Ayudando al fidei, existían catorce coronaris, uno por cada sector o megaciudad en que estaba dividida Terra, y tres más los ayudantes directos del fidei, sus camarlangos. Como líderes espirituales de los principales templos que inundaban Terra, existían los magister, que se agrupaban en congregaciones que ocupaban varios templos que conformaban una escuela de Dios. A estos nuevos puestos en el orden jerárquico se les trataba de gran maestro. En lo más bajo del escalafón religioso, ocupando puestos de total servidumbre en cada templo, mezquita, sinagoga o lugar de oración, se encontraban los escribas, aunque nadie los llamaba por ese nombre y se permitía, dependiendo de la fe o creencia de donde emanaran, tomar un nombre u otro, así existían los curas, los rabinos, los pastores, los brahmanes, los imanes, los padres, los sacerdotes y un sinfín de nombres que, indiferentemente, eran utilizados; rara vez se empleaba ese eufemismo que significaba «los humildes», solamente en los escritos oficiales. Da igual cómo se hicieran llamar, solamente la única palabra escrita en el Neo Testamentum era transmitida entre sus ovejas. Todas las formas sagradas fueron destruidas dentro de cada templo, solo se salvaron aquellas elaboradas en oro u otro material que les diera un valor puramente comercial, avariciosamente atesoradas en las «cuevas» de esta secta; todas fueron sustituidas por enormes cruces elaboradas en hormigón, en madera, en jade, en oro y diamantes, en mármol y otras piedras y materiales diversos.

Con la llegada imprevista de Tiberius al poder, se elevó a la categoría de fe cualquier interpretación de las escrituras que su estimado amigo y colaborador hiciera. Si Pío ideaba que el martes seis de abril era día santo, todos estaban obligados a guardar esa festividad. Si, por el contrario, indicaba que no eran trece, sino catorce los mandamientos y sumaba uno más de su puño y letra, estos debían cumplirse con el mismo rigor religioso que los anteriores, como si fueran palabra de Dios. Por burlesco que esto fuera, se otorgó tal poder al fidei y a sus acólitos que los ciudadanos no sabían claramente cuáles eran las normas que cumplir ese día y dudaban de quién era el que verdaderamente gobernaba en Terra. El deslumbrante y nuevo fidei Pío poseía una visión muy especial de la realidad religiosa.

A la sombra de este nuevo advenimiento, la Obra, esa secta arcaica, esperaba impacientemente recuperar el poder que les fue arrebatado con el envenenamiento de su anterior adalid. Llevaban muchos siglos gobernando Terra, acaudalando y atesorando la ciencia y la palabra de Dios que bien podían esperar un tiempo prudencial, pero este nuevo reinado del emperador Máximo se estaba alargando en demasía, a pesar de que buena parte del éxito del golpe de Estado se lo debía a su organización, ahora había llegado la hora de un traspaso de poderes y comenzaron a volcarse en su destitución. Lo primero era enfrentar al pueblo con sus gobernantes y de eso sabían mucho. El títere que había sido Máximo, sutilmente manejado con sus dorados hilos entre las sombras, debía dejar paso al verdadero y omnímodo poder de Dios. Su maquinaria empezó a transformar nuevamente y a su antojo las mentes de los ciudadanos. Como siempre, en la sombra, como fantasmas, comenzaron con su verborrea populista, poco a poco, emergiendo de las cloacas.